

Wilkie Collins

La dama de blanco



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

LA DAMA DE BLANCO

Wilkie Collins

1.ª edición: mayo de 2026

Título original: *The Woman in White*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Jessica Calderas*

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 253

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-367-1

DL B 20831-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRIMERA ÉPOCA.....	7
La historia comenzada por Walter Hartright	9
La historia continuada por Vincent Gilmore.....	130
La historia continuada por Marian Halcombe.....	167
SEGUNDA ÉPOCA	205
La historia continuada por Marian Halcombe.....	207
La historia continuada por Frederick Fairlie	355
La historia continuada por Eliza Michelson	376
La historia continuada a través de varias declaraciones	420
TERCERA ÉPOCA.....	433
La historia continuada por Walter Hartright.....	435
La historia continuada por la señora Catherick	551
La historia continuada por Walter Hartright.....	564
La historia continuada por Isidor, Ottavio,	623
La historia concluida por Walter Hartright	639

PRIMERA ÉPOCA

LA HISTORIA COMENZADA

POR WALTER HARTRIGHT

(de Clement's Inn, profesor de dibujo)

I

Ésta es la historia de lo que puede soportar la paciencia de una mujer, y de lo que puede lograr la determinación de un hombre.

Si se pudiera confiar en que el engranaje de la ley llega al fondo de cada caso sospechoso y lleva a cabo cada investigación con una ayuda moderada —y únicamente moderada— del lubricante llamado «aceite de oro», entonces los hechos que llenan estas páginas podrían haber reclamado su lugar ante la atención pública en un Tribunal de Justicia.

Pero la ley sigue siendo aún, en ciertos casos inevitables, la sirvienta previamente comprometida del dinero que todo lo compra; y la historia queda así para ser contada, por primera vez, en este lugar. Así como podría haberla escuchado un juez, así la escuchará ahora el lector. Ningún hecho importante, desde el inicio hasta el final de esta revelación, será relatado basándose en rumores. Cuando el autor de estas líneas introductorias (que lleva por nombre Walter Hartright) esté más estrechamente vinculado que otros a los acontecimientos que se narran, los describirá en primera persona. Cuando su experiencia no baste, se retirará del papel de narrador, y su tarea será continuada, desde el punto en que la haya dejado, por otras personas que puedan hablar de los hechos en cuestión con la misma claridad y certeza con la que él lo hizo antes.

Así, la historia que aquí se presenta será contada por más de una pluma, del mismo modo en que la narración de un delito ante

los tribunales se construye con el testimonio de más de un testigo: con el mismo propósito, en ambos casos, de presentar la verdad siempre de la forma más directa y comprensible, siguiendo el curso completo de una serie de acontecimientos contados por quienes estuvieron más estrechamente implicados en ellos, etapa por etapa, relatando su experiencia palabra por palabra.

Que hable en primer lugar Walter Hartright, profesor de dibujo, de veintiocho años.

II

Era el último día de julio. El largo y caluroso verano llegaba a su fin, y nosotros, los cansados peregrinos del pavimento londinense, empezábamos a pensar en las sombras de las nubes sobre los campos de trigo y en las brisas otoñales junto al mar.

Por mi parte, aquel verano moribundo me había dejado sin salud, sin ánimos y, si he de ser sincero, también sin dinero. Durante el último año no había manejado mis recursos profesionales con el mismo cuidado de siempre, y ahora mis excesos me obligaban a pasar el otoño de forma económica entre la cabaña de mi madre en Hampstead y mis habitaciones en la ciudad.

Recuerdo que aquella tarde era tranquila y nublada; el aire de Londres estaba más pesado que nunca; el zumbido distante del tráfico callejero apenas se percibía; el pequeño pulso de vida dentro de mí y el gran corazón de la ciudad a mi alrededor parecían latir al unísono, cada vez más débilmente, con el sol que descendía en el horizonte. Me sacudí de encima el letargo del libro sobre el que soñaba más que leía, y salí de mis habitaciones para respirar el aire fresco de los suburbios. Era una de las dos tardes semanales que acostumbraba a pasar con mi madre y mi hermana. Así que tomé el camino hacia el norte, rumbo a Hampstead.

Los acontecimientos que estoy por relatar me obligan a mencionar aquí que, en la época a la que me refiero, mi padre había muerto hacía ya varios años, y que mi hermana Sarah y yo éramos los únicos sobrevivientes de una familia de cinco hijos. Mi padre

había sido profesor de dibujo antes que yo. Su dedicación lo convirtió en un profesional muy exitoso, y su afectuosa preocupación por el futuro de quienes dependían de él lo llevó, desde el momento de su matrimonio, a destinar una parte considerable de sus ingresos a un seguro de vida, mucho mayor de lo que la mayoría de los hombres considera necesario. Gracias a su admirable prudencia y sacrificio, mi madre y mi hermana quedaron, tras su muerte, tan protegidas e independientes del mundo como lo habían estado durante su vida. Yo heredé su clientela y tenía razones de sobra para sentirme agradecido por las perspectivas que se abrían ante mí al comenzar mi carrera.

La penumbra seguía temblando en las cimas del brezal, y la vista de Londres bajo mis pies se había hundido en una fosa negra bajo la sombra de la noche nublada cuando me detuve ante la verja de la casa de mi madre. Apenas había tocado el timbre, la puerta se abrió con violencia; mi querido amigo italiano, el profesor Pesca, apareció en lugar del sirviente y salió disparado con entusiasmo a recibirme, lanzando un chillón intento extranjero de vítores ingleses.

Por derecho propio —y debo decir que también por el mío— el profesor merece el honor de una presentación formal. El azar ha querido que él sea el punto de partida de esta extraña historia familiar que las siguientes páginas se proponen relatar.

Había conocido a mi amigo italiano en algunas casas de renombre donde él enseñaba su idioma y yo enseñaba dibujo. Todo lo que entonces sabía sobre su vida era que había ocupado un cargo en la Universidad de Padua, que había salido de Italia por motivos políticos (cuyos detalles se negaba sistemáticamente a revelar), y que llevaba ya muchos años establecido con respeto en Londres como profesor de lenguas.

Sin llegar a ser un enano —pues sus proporciones eran perfectamente armoniosas de pies a cabeza—, Pesca era, creo yo, el ser humano más pequeño que he visto fuera de una barraca de feria. Llamativo en cualquier lugar por su apariencia, destacaba aún más entre el común de los mortales por la inofensiva excentricidad de su carácter. La idea rectora de su vida parecía ser demostrar su

gratitud hacia el país que le había dado refugio y sustento, esforzándose al máximo por convertirse en un inglés. No satisfecho con rendir homenaje al pueblo británico llevando siempre paraguas, polainas y un sombrero blanco, el profesor aspiraba también a adoptar nuestras costumbres y entretenimientos nacionales. Al observar que como nación nos caracterizamos por el gusto por los ejercicios atléticos, el buen hombre, con la inocencia de su corazón, se entregó en cuerpo y alma a todos los deportes y pasatiempos ingleses cada vez que tuvo ocasión de participar, convencido de que podía adoptar nuestras aficiones del campo con la misma facilidad con la que había adoptado nuestras polainas y nuestro sombrero blanco.

Lo vi arriesgar sus extremidades en una cacería de zorros y en un partido de críquet; y poco después lo vi arriesgar su vida con igual temeridad en el mar, en Brighton.

Habíamos coincidido allí por casualidad y nos estábamos bañando juntos. Si se hubiese tratado de una actividad propia de mi país, por supuesto, habría vigilado a Pesca con más atención; pero, como los extranjeros suelen nadar tan bien como los ingleses, nunca se me ocurrió que nadar pudiera ser sólo otro ejercicio viril que el profesor creyera poder aprender de forma espontánea. Poco después de que ambos nos alejamos de la orilla, me detuve al notar que mi amigo no me alcanzaba, y me volví para buscarlo. Para mi espanto, no vi nada entre la playa y yo salvo dos pequeños brazos blancos que luchaban por un instante sobre la superficie del agua, y luego desaparecieron. Me lancé a bucear y lo encontré al fondo, en una hondonada de guijarros, enrollado tranquilamente, y más pequeño de lo que jamás lo había visto. Pasaron unos minutos hasta que lo saqué a flote, pero el aire fresco lo reanimó, y logró subir los escalones de la caseta con mi ayuda. Con la recuperación parcial de sus fuerzas, regresó también su extraña ilusión sobre la natación. Tan pronto como sus dientes castañeteantes le permitieron hablar, esbozó una sonrisa y murmuró que debía de haber sido un calambre.

Cuando terminó de reponerse y se reunió conmigo en la playa, su ardiente temperamento del sur rompió toda la contención in-

glesa en un instante. Me colmó de las expresiones más desbordadas de afecto —exclamó con pasión, a su manera exageradamente italiana, que desde entonces ponía su vida a mi entera disposición— y declaró que no descansaría hasta encontrar la ocasión de demostrar su gratitud con un servicio que yo recordara toda la vida.

Hice cuanto pude para detener aquel torrente de lágrimas y declaraciones tratando toda la aventura como un buen motivo para una broma; y creí haber logrado al fin disminuir su desmedido sentimiento de deuda hacia mí. Poco imaginaba entonces —ni siquiera cuando terminaron nuestras agradables vacaciones— que la ocasión de ayudarme que él tanto anhelaba estaba a punto de presentarse, que él la aprovecharía al instante y que, al hacerlo, iba a cambiar por completo el rumbo de mi existencia, al punto de que ni yo mismo me reconocería.

Y, sin embargo, así fue. Si no hubiera buceado en busca del profesor Pesca cuando yacía en el fondo marino sobre su lecho de guijarros, probablemente nunca habría tenido relación alguna con la historia que estas páginas van a contar. Tal vez nunca habría oído siquiera el nombre de la mujer que habita todos mis pensamientos, que ha acaparado toda mi energía, y que se ha convertido en la única fuerza que ahora da propósito a mi vida.

III

El rostro y el comportamiento de Pesca, aquella noche en que nos encontramos frente a la verja de la casa de mi madre, eran más que suficientes para hacerme ver que algo extraordinario había ocurrido.

Sin embargo, resultaba completamente inútil pedirle una explicación inmediata. Sólo podía suponer, mientras me arrastraba hacia dentro agarrándome con ambas manos, que (conociendo mis costumbres) había venido a la casa para asegurarse de encontrarme esa noche, y que traía noticias de lo más agradables.

Ambos irrumpimos en el salón de forma tan abrupta como poco elegante. Mi madre estaba sentada junto a la ventana abierta, riendo y abanicándose. Pesca era uno de sus favoritos, y sus mayo-

res excentricidades siempre le resultaban perdonables. ¡Pobre alma querida! Desde el primer momento en que descubrió que el pequeño profesor sentía un profundo y agradecido afecto por su hijo, le abrió el corazón sin reservas y aceptó todas sus desconcertantes peculiaridades extranjeras sin intentar comprender ni una sola.

Mi hermana Sarah, a pesar de su juventud, era curiosamente menos flexible. Reconocía plenamente las excelentes cualidades del corazón de Pesca, pero no podía aceptarlo incondicionalmente, como lo hacía mi madre, por consideración a mí. Su noción insular del decoro se rebelaba constantemente contra el desprecio innato del profesor por las apariencias, y no ocultaba su asombro ante la familiaridad de nuestra madre con aquel excéntrico forastero. He observado, no sólo en el caso de mi hermana, sino también en otros, que los de nuestra generación somos mucho menos entusiastas e impulsivos que algunos de nuestros mayores. Veo a menudo a personas mayores enrojecer de emoción ante la expectativa de un placer que a sus nietos apenas les provoca un pestañeo. ¿Somos, me pregunto, tan auténticos ahora como lo eran ellos en su juventud? ¿Ha avanzado demasiado deprisa la educación moderna? ¿Estamos, quizás, un pelín demasiado bien educados?

Sin atreverme a responder esas preguntas, puedo al menos afirmar que nunca vi a mi madre y a mi hermana juntas en presencia de Pesca sin notar que la primera parecía la más joven de las dos. En esta ocasión, por ejemplo, mientras la anciana reía de buena gana por la forma en que habíamos irrumpido en el salón, Sarah recogía, contrariada, los pedazos de una taza que el profesor había tirado al avanzar con torpeza hacia la puerta.

—No sé qué habría pasado, Walter —dijo mi madre— si hubieras tardado un poco más. Pesca estaba medio loco de impaciencia, y yo medio loca de curiosidad. El profesor trae unas noticias estupendas en las que, dice, estás involucrado, y ha sido cruelmente inflexible en no darnos ni la menor pista hasta que aparecieras.

—Qué lástima... la taza era parte del juego —murmuró Sarah, abatida sobre los restos de porcelana.

Mientras se decían estas palabras, Pesca, feliz y afanosamente inconsciente del daño irreparable que había causado a la vajilla,

arrastraba un gran sillón hacia el otro extremo de la sala, para tenernos a los tres frente a él, como si fuera un orador frente a su público. Giró la silla para que nos diera la espalda, se arrodilló sobre el asiento y, con fervor, se dirigió a su pequeña congregación improvisada.

—Ahora, mis buenos queridos —comenzó Pesca (que siempre decía «buenos queridos» cuando quería decir «queridos amigos»)—, escuchad. Ha llegado el momento... anuncio mi buena noticia... hablo, por fin.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo mi madre, siguiéndole la corriente.

—Lo próximo que romperá, mamá —susurró Sarah— será el respaldo del sillón.

—Vuelvo a mi vida pasada y me dirijo al más noble de los seres creados —continuó Pesca, apostrofándome con vehemencia desde lo alto del respaldo—. Quien me encontró muerto en el fondo del mar (¡por culpa del calambre!) y me sacó a la superficie. ¿Y qué dije yo cuando volví a la vida y a mi ropa?

—Mucho más de lo necesario —respondí con toda la frialdad que pude, porque cualquier atisbo de estímulo sobre ese tema desataba invariablemente un torrente de lágrimas en el profesor.

—Dije —persistió Pesca— que mi vida pertenecía a mi querido amigo Walter por el resto de mis días, y así es. Dije que no volvería a ser feliz hasta encontrar la ocasión de hacerle un gran Algo a Walter, y no he estado contento conmigo mismo hasta este día bendito. ¡Ahora! —gritó el pequeño entusiasta a pleno pulmón—, la felicidad me brota por todos los poros, como sudor. Porque, en mi fe, en mi alma y en mi honor, el Algo está hecho al fin, ¡y lo único que queda por decir es... *todoestábiensiseñor!*

Conviene explicar aquí que Pesca se enorgullecía de ser un inglés perfecto también en su forma de hablar, además de en su ropa, modales y pasatiempos. Habiendo recogido algunas de nuestras expresiones coloquiales más comunes, las esparcía en su conversación al azar, combinándolas a su manera, encantado por su sonido y sin mayor noción de su sentido, fusionándolas como si fueran una sola palabra interminable.

—Entre las casas elegantes de Londres donde enseñó el idioma de mi tierra —dijo el profesor, lanzándose por fin a su esperada explicación sin más preámbulos—, hay una, muy elegante, en el gran sitio llamado Portland. ¿Sabéis dónde queda? ¿Sí, sí? Por supuesto que sí. La casa elegante, mis buenos queridos, alberga una familia elegante. Una mamá, rubia y rolliza; tres señoritas jóvenes, rubias y rollizas; dos jovencitos, rubios y rollizos; y un papá, el más rubio y rollizo de todos, que es un poderoso comerciante, hasta el cuello en oro... un hombre muy distinguido en su tiempo, pero como ahora está calvo y con dos papadas, pues ya no tanto. ¡Ahora escuchen! Yo enseñó el sublime Dante a las señoritas, y ¡ah, alma mía, bendita alma mía!, no hay lenguaje humano que pueda describir cuánto las desconcierta el sublime Dante. No importa, todo a su tiempo... y cuantas más clases, mejor para mí. ¡Ahora imaginad! Estoy enseñando a las señoritas hoy, como siempre. Estamos los cuatro metidos en el Infierno de Dante. En el Séptimo Círculo —pero eso da igual: todos los círculos les resultan iguales a las tres rubias y rollizas—. Estamos en el Séptimo Círculo, repito, y mis alumnas están atascadas; y yo, para sacarlas de ahí, recito, explico y me enciendo con entusiasmo inútil, cuando... ¡un chirrido de botas en el pasillo! Y entra el papá dorado, el poderoso comerciante con la calva y las dos papadas... ¡Ah, mis buenos queridos, ahora sí que estoy cerca del asunto! ¿Habéis tenido paciencia hasta ahora? ¿O han dicho para sí: «¡Caray-quécaray! ¡Pesca está larguísimo esta noche!»?

Declaramos que estábamos profundamente interesados. El profesor continuó:

—En su mano, el Papá Dorado traía una carta; y, tras disculparse por interrumpirnos en nuestra Región Infernal con asuntos mortales y domésticos, se dirige a las tres señoritas y comienza, como vosotros los ingleses comenzáis todo en este bendito mundo, con una gran O. «Oh, queridas mías —dice el poderoso comerciante—, tengo aquí una carta de mi amigo el señor...» (el nombre se me ha escapado de la cabeza, pero no importa; ya volveremos a eso; sí, sí, *todoestábiensiseñor*). Entonces el Papá dice: «Tengo una carta de mi amigo, el señor Tal, y quiere que le recomiende un

profesor de dibujo para ir a su casa en el campo». *¡Alma-mía-bendita-alma-mía!* Cuando escuché al Papá Dorado decir esas palabras, si hubiera sido lo bastante alto como para alcanzarlo, habría echado mis brazos al cuello y lo habría estrechado contra mi pecho en un largo y agradecido abrazo. Como no lo era, sólo pude saltar sobre mi silla. Sentía que estaba sentado sobre espinas y que mi alma ardía por hablar, ¡pero me contuve y dejé que el Papá siguiera! «¿Quizá conocéis —dice este buen señor del dinero, girando la carta entre sus dedos dorados— a algún profesor de dibujo que yo pueda recomendar?». Las tres señoritas se miran entre ellas y entonces dicen (con la imprescindible gran O para empezar): «Oh, no, papá! Pero aquí está el señor Pesca...». ¡Al oír mi nombre no pude contenerme más! Vuestro pensamiento, mis buenos queridos, me subió a la cabeza como la sangre. Salté de mi silla como si un clavo hubiera brotado del suelo a través del asiento, me dirigí al poderoso comerciante y le dije (frase inglesa): «Señor, ¡tengo al hombre! ¡El primer y más grande profesor de dibujo del mundo! ¡Recomiéndelo por correo esta noche y mándelo con todo y equipaje (frase inglesa otra vez, ¡ja!) en el tren de mañana!». «Alto, alto —dice el Papá—, ¿es extranjero o inglés?». «Inglés hasta el tuétano», respondo. «¿Respetable?», dice el Papá. «¡Señor!» —le digo (porque esa última pregunta me ofende, y ya he terminado de ser familiar con él)—, ¡Señor! ¡El fuego inmortal del genio arde en el pecho de este inglés, y lo que es más, su padre también lo tenía!». «No importa —dice el bárbaro dorado de Papá—, no nos importa su genio, señor Pesca.

No queremos genio en este país, a menos que venga acompañado de respetabilidad —y entonces estamos encantados de tenerlo, muy encantados, en efecto—. ¿Su amigo puede presentar referencias? ¿Cartas que hablen de su carácter?». Agito la mano con desdén: «¿Cartas? —digo—. *Alma-mía-bendita-alma-mía*, ¡por supuesto! ¡Volúmenes de cartas y carpetas de referencias, si quiere!». «Una o dos bastarán —dice este hombre de dinero y flema—. Que me las envíe, junto con su nombre y dirección. Y... alto, alto, señor Pesca. Antes de que vaya con su amigo, será mejor que tome una nota». «¿Billete de banco?» —digo, indignado—. No hay billete de

banco, por favor, hasta que mi valiente inglés lo haya ganado primero». «¿Billete de banco?» —dice el Papá, sorprendido—. ¿Quién ha hablado de dinero? Me refiero a una nota con las condiciones, un memorándum de lo que se espera que haga. Continúe con su clase, señor Pesca, y yo le daré el extracto necesario de la carta de mi amigo».

El profesor siguió explicando:

—El hombre de negocios se sienta entonces con su pluma, su tinta y su papel; y yo vuelvo una vez más al Infierno de Dante, con mis tres señoritas detrás. En diez minutos, la nota está escrita y las botas del Papá crujen mientras se alejan por el pasillo. Desde ese momento, ¡por mi fe, mi alma y mi honor, no supe nada más! El pensamiento glorioso de que por fin había atrapado la oportunidad de servir a mi amigo más querido me subió a la cabeza y me embriagó.

Cómo saqué a mis alumnas y a mí mismo del Infierno, cómo hice mis otros encargos después, cómo se deslizó mi pequeña cena por mi garganta... no lo sé, tanto como lo sabe un hombre en la luna. ¡Basta para mí con que aquí estoy, con la nota del poderoso comerciante en la mano, tan vivo como siempre, tan ardiente como el fuego, y tan feliz como un rey! ¡Ja, ja, ja, *todo-todo-todoes-tábiensíseñor!*

Aquí, el profesor agitó con entusiasmo el memorándum sobre su cabeza y concluyó su extensa y locuaz narración con su aguda parodia italiana de un vítores inglés.

Mi madre se levantó en cuanto terminó, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Tomó al pequeño hombre de ambas manos con calidez.

—Querido y buen Pesca —dijo—, jamás dudé del verdadero afecto que sientes por Walter, ¡pero ahora estoy más convencida que nunca!

—Estoy segura de que estamos muy agradecidos al profesor Pesca, por consideración a Walter —añadió Sarah.

Se incorporó levemente, como con la intención de acercarse al sillón, pero al ver que Pesca besaba con entusiasmo las manos de mi madre, se puso seria y volvió a sentarse. «Si ese hombre tan fa-

miliar trata así a mi madre, ¿cómo me tratará a mí?». Los rostros a veces dicen la verdad; y no cabía duda de que ése era el pensamiento en la mente de Sarah cuando volvió a su sitio.

Aunque yo mismo agradecía sinceramente la buena intención de Pesca, mi ánimo no se elevó tanto como habría debido con la perspectiva del nuevo empleo que ahora se me ofrecía. Cuando el profesor terminó con las manos de mi madre y, tras agradecerle calurosamente su intervención en mi favor, le pedí que me permitiera ver la nota de condiciones que su respetable patrón había redactado para mí.

Pesca me entregó el papel con un gesto triunfal.

—¡Lee! —dijo con tono majestuoso—. Te aseguro, amigo mío, que la escritura del Papá Dorado habla por sí sola como una trompeta.

La nota de condiciones era clara, directa y completa. Me informaba de lo siguiente:

Primero, que Frederick Fairlie, caballero, de Limmeridge House, en Cumberland, deseaba contratar a un profesor de dibujo verdaderamente competente por un período fijo de cuatro meses.

Segundo, que los deberes que debía desempeñar el profesor eran de doble naturaleza. Debía encargarse de la instrucción de dos jóvenes en el arte de la pintura con acuarela y, en su tiempo libre, dedicarse a reparar y montar una valiosa colección de dibujos que había sido descuidada por completo.

Tercero, que los términos ofrecidos al candidato que aceptara y cumpliera con estos deberes eran de cuatro guineas semanales; que debía residir en Limmeridge House; y que se le trataría allí como a un caballero.

Cuarto y último, que nadie debía pensar en solicitar el puesto si no podía presentar referencias intachables sobre su carácter y habilidades. Las referencias debían enviarse al amigo de Mr. Fairlie en Londres, quien estaba autorizado para cerrar todos los arreglos necesarios.

Estas instrucciones iban seguidas del nombre y dirección del empleador de Pesca en Portland Place —y allí terminaba la nota o memorándum.

La perspectiva que ofrecía esta propuesta de empleo era, sin duda, muy atractiva. El trabajo prometía ser fácil y agradable; se me ofrecía en una época del año (el otoño) en que tenía menos compromisos; y las condiciones, según mi experiencia profesional, eran sorprendentemente generosas. Lo sabía. Sabía que debía considerarme afortunado si lograba conseguir ese puesto. Y, sin embargo, en cuanto terminé de leer el memorándum, sentí dentro de mí una inexplicable resistencia a mover un solo dedo al respecto. Nunca, en toda mi experiencia previa, había sentido una discrepancia tan dolorosa y extraña entre el deber y la inclinación como la que sentía ahora.

—¡Oh, Walter, tu padre jamás tuvo una oportunidad como ésta! —dijo mi madre, tras leer la nota de condiciones y devolvérmela.

—¡Y con personas tan distinguidas! —añadió Sarah, enderezándose en la silla—. ¡Y además en condiciones de total igualdad!

—Sí, sí; en todos los sentidos, las condiciones son bastante tentadoras —respondí con impaciencia—. Pero antes de enviar mis referencias, me gustaría pensarlo un poco...

—¿Pensarlo? —exclamó mi madre—. Walter, ¿qué te pasa?

—¿Pensarlo? —repitió mi hermana—. ¡Qué cosa más extraña de decir, dadas las circunstancias!

—¿Pensarlo? —se sumó el profesor—. ¿Qué hay que pensar? ¡Respóndeme! ¿No te has estado quejando de tu salud? ¿No llevas semanas suspirando por ese soplo de aire campestre que tanto mencionas? Pues ahí tienes, en tu mano, un papel que te ofrece bocanadas constantes de brisa rural durante cuatro meses. ¿No es así? ¡Ja! Y además, necesitas dinero. Bueno, ¿cuatro guineas dadas por semana te parecen poca cosa? *¡Alma-mía-bendita-alma-mía!*, ¡dámelas a mí, y te aseguro que mis botas crujirán como las del Papá Dorado, por la riqueza abrumadora que camina dentro de ellas! ¡Cuatro guineas a la semana, y además la encantadora compañía de dos señoritas! ¡Y más aún: tu cama, tu desayuno, tu cena, tus desbordantes tés y almuerzos ingleses, tus pintas de cerveza espumosa, todo gratis! ¡Walter, mi querido amigo! ¡*Caray-qué-*

caray!, ¡por primera vez en mi vida, no tengo ojos suficientes en la cabeza para mirarte y entenderte!

Ni el asombro evidente de mi madre ni la fervorosa enumeración de ventajas por parte de Pesca lograron sacudir mi irracional resistencia a ir a Limmeridge House. Después de exponer todas las pequeñas objeciones que se me ocurrieron contra la idea de ir a Cumberland —y de oír las refutadas una a una hasta dejarme sin argumentos—, intenté presentar una última traba preguntando qué sería de mis alumnos en Londres mientras enseñaba dibujo a las jóvenes del señor Fairlie. La respuesta era evidente: la mayoría estaría de viaje por sus vacaciones de otoño, y los pocos que quedarían en casa podrían ser confiados a uno de mis colegas, cuyos alumnos yo mismo había cubierto en circunstancias similares. Mi hermana me recordó que dicho colega se había ofrecido expresamente para ayudarme en caso de que yo deseara salir de la ciudad esa temporada; mi madre me rogó con seriedad que no permitiera que un simple capricho se interpusiera entre mis intereses y mi salud; y Pesca, conmovido, me suplicó que no lo hiriera rechazando la primera oportunidad que había tenido de demostrar su gratitud hacia quien le había salvado la vida.

La sinceridad y el afecto que inspiraban aquellas súplicas habrían conmovido a cualquier hombre con una pizca de sensibilidad. Aunque no pude dominar mi inexplicable obstinación, sí tuve la virtud suficiente como para avergonzarme sinceramente de ella y poner fin a la discusión con un gesto conciliador, accediendo a hacer lo que se esperaba de mí.

El resto de la velada transcurrió alegremente, entre bromas sobre mi futura vida con las dos jóvenes en Cumberland. Pesca, estimulado por nuestro grog nacional —que parecía subírsele a la cabeza con una rapidez milagrosa apenas cinco minutos después de haberlo bebido—, reclamó su título de inglés completo pronunciando, en rápida sucesión, una serie de brindis: por la salud de mi madre, de mi hermana, la mía propia y la del señor Fairlie y sus hijas, agradeciendo conmovidamente él mismo, al instante, por todos los presentes.

—Un secreto, Walter —me dijo luego al oído, mientras caminábamos juntos de regreso—. Estoy embriagado por el recuerdo de mi propia elocuencia. Mi alma estalla de ambición. Algún día entraré en su noble Parlamento. ¡Es el sueño de toda mi vida convertirme en el Honorable Pesca, M.P.!

A la mañana siguiente envié mis credenciales al empleador del profesor en Portland Place. Pasaron tres días y, con secreta satisfacción, llegué a la conclusión de que mis papeles no habían sido considerados suficientemente claros. Sin embargo, al cuarto día llegó una respuesta. Anunciaba que el señor Fairlie aceptaba mis servicios y me pedía que partiera hacia Cumberland de inmediato. Todas las instrucciones necesarias para el viaje estaban añadidas en un posdata clara y minuciosa.

Preparé mis cosas —a regañadientes— para marcharme de Londres a primera hora del día siguiente. Por la tarde, Pesca se pasó por mi casa, de camino a una cena, para despedirse.

—Secaré mis lágrimas en tu ausencia —dijo alegremente— con este pensamiento glorioso: ha sido mi mano afortunada la que ha dado el primer empujón a su porvenir en el mundo. ¡Mira, amigo mío! Cuando tu sol brille en Cumberland (proverbio inglés), haz tu heno en nombre del cielo. ¡Cásate con una de las dos señoritas, conviértete en el Honorable Hartright, M.P., y cuando estés en la cima de la escalera, recuerda que ha sido Pesca, allá abajo, quien lo ha hecho todo!

Intenté reírme con mi pequeño amigo de su broma de despedida, pero no logré levantar el ánimo. Algo en su tono ligero me chirrió por dentro, casi dolorosamente.

Cuando se fue, sólo me quedaba caminar hasta la casa de Hampstead y despedirme de mi madre y de Sarah.

IV

El calor había sido insoportable durante todo el día, y ahora la noche era densa y bochornosa. Mi madre y mi hermana habían repetido tantas veces sus últimas palabras, y me habían rogado que

esperara cinco minutos más tantas veces, que ya era casi medianoche cuando el criado cerró con llave la verja del jardín tras de mí. Caminé unos pasos por el camino más corto de regreso a Londres, y luego me detuve, dudando.

La luna estaba llena y amplia en un cielo azul oscuro sin estrellas, y el terreno accidentado del brezal parecía, a la luz misteriosa, tan salvaje como si estuviera a cientos de kilómetros de la gran ciudad que se extendía bajo él. La idea de descender antes de lo necesario al calor y la penumbra de Londres me repelía. La perspectiva de meterme en mis habitaciones sin aire y la perspectiva de una lenta asfixia me parecían, en mi estado actual de inquietud física y mental, una y la misma cosa. Decidí pasear de regreso por el aire más puro, tomando el camino más largo posible; seguir los senderos blancos y sinuosos a través del solitario brezal; y entrar en Londres por su suburbio más abierto, tomando la carretera de Finchley, para volver con la fresca de la nueva mañana por el lado oeste de Regent's Park.

Fui bajando lentamente por el brezal, disfrutando de la divina quietud del lugar y admirando la suave alternancia de luces y sombras que se deslizaban por el terreno quebrado a mi alrededor. Mientras avanzaba por esta primera y más hermosa parte de mi paseo nocturno, mi mente permanecía pasivamente abierta a las impresiones del paisaje, y pensaba muy poco en cualquier otra cosa —de hecho, en lo que respecta a mis sensaciones, apenas puedo decir que pensara en absoluto.

Pero cuando dejé atrás el brezal y tomé un camino secundario, donde había menos que ver, las ideas naturalmente generadas por el cambio inminente en mis costumbres y tareas comenzaron a ocupar más y más mi atención. Para cuando llegué al final del camino, estaba completamente absorto en mis fantasías sobre Limmeridge House, el señor Fairlie y las dos damas a quienes pronto iba a enseñar acuarela.

Había llegado a ese punto específico del trayecto donde se cruzan cuatro caminos: el camino de Hampstead, por el que había vuelto; el de Finchley; el de West End; y el de regreso a Londres. Había girado instintivamente hacia este último y caminaba por la

solitaria carretera principal —recordando vagamente, lo admito, cómo serían las jóvenes de Cumberland— cuando, de pronto, cada gota de sangre en mi cuerpo se detuvo en seco al sentir una mano que se posaba suavemente sobre mi hombro, desde atrás.

Me giré de inmediato, apretando con fuerza el mango de mi bastón.

Allí, en mitad de la amplia y brillante carretera —allí, como si acabara de surgir de la tierra o de caer del cielo— estaba la figura de una Mujer solitaria, vestida de blanco de pies a cabeza, con el rostro inclinado en una grave expresión de pregunta hacia mí, y su mano señalando la nube oscura sobre Londres, justo en la dirección que yo miraba.

Estaba demasiado sorprendido por la repentina aparición de esta figura en plena noche y en un lugar tan solitario, como para preguntarle qué quería. Fue ella quien habló primero.

—¿Es ése el camino a Londres? —preguntó.

La miré con atención al oír esa extraña pregunta. Eran casi la una de la madrugada. A la luz de la luna apenas podía distinguir con claridad un rostro juvenil sin color, delgado y anguloso en mejillas y mentón; ojos grandes, graves y atentos, con un aire melancólico; labios nerviosos e inseguros; y cabello claro, de un tono rubio amarillento pálido. No había nada salvaje ni indecoroso en su comportamiento: era tranquilo y contenido, ligeramente triste y con un matiz de desconfianza; no era exactamente el porte de una dama, pero tampoco el de una mujer de la clase más baja. Su voz —lo poco que había oído de ella— tenía un tono curiosamente monótono y mecánico, y su forma de hablar era extraordinariamente rápida. Llevaba un pequeño bolso en la mano, y su vestido —sombrero, chal y falda, todo blanco— no parecía estar hecho de materiales finos o costosos. Su figura era esbelta y un poco más alta que el promedio; su andar y sus gestos estaban libres de toda exageración.

Eso era todo lo que podía observar de ella en la penumbra y bajo las circunstancias desconcertantes de nuestro encuentro. Qué clase de mujer era, y cómo había llegado a estar sola en la carretera a esa hora, me era completamente imposible adivinar. Lo único